

MI ALMA AL DESCUBIERTO

Desde el vientre de Isabel

La llegada de mi nombre a mi familia data del año 1957. Mi abuela materna Isabel, estaba en aquel entonces embarazada de 8 meses y medios. Caminaba junto a mi abuelo por las calles de la Ciudad de la Habana, Cuba una noche cualquiera, cuando de la nada comenzó un tiroteo. Mi abuelo por protegerla la colocó en un rincón de la calle. Allí estuvo agachada hasta que pasó toda la revuelta. Una vez que la calle estuvo en calma se dirigieron a la casa. Mi abuela estaba nerviosa y lloraba sin parar, comenzó a sentirse mal y papi la llevó de inmediato al Hospital de las Católicas que se encontraba cerca de su casa en aquel entonces. El doctor examinó a mi abuelita quien se quejaba de dolores en el bajo vientre, más éste le comentó que no se preocupara y que fuera a la casa que tanto el niño como ella, estaban bien, no más había sido el susto de la experiencia que acaba de vivir.

En aquel entonces mi abuela no conocía el sexo del niño en camino, y pretendía ponerle el nombre de Taimy si era niña. Ese nombre lo había escuchado en un programa de televisión, en los créditos leyó el nombre de la actriz "Tahimí", y para hacerlo especial y diferente eliminó la h y cambió la i final por una y. Se apropió del nombre en ese instante.

Regresando a donde estábamos; el doctor le pidió que se fuera a la casa y que estuviera tranquila que aún no estaba de parto, no había nada de dilatación y necesitaba descansar. Mis abuelos siguieron las instrucciones del doctor y se retiraron.

Mi abuelita continuaba con los dolores en el bajo vientre y al día siguiente entre gritos de dolor y preocupación, dio a luz al nene en la casa. Me cuentan que el niño nació vivo, sin embargo, se ahogó antes de que llegaran al hospital, había nacido con problemas respiratorios pues su pequeño cuerpecito emitía muy fuertes ronquidos. No creo que me acerque a comprender todo el dolor por el que atravesaron mis abuelos en aquel entonces. Pero debió ser un duro golpe para

todos, sobre todo para mi abuelita, quien se había hecho muchas expectativas con la maternidad.

Mi abuela le prometió a Santa Bárbara (Santa milagrosa en la religión católica), que el nombre de Taimy no se quedaría en el aire, y que ella se lo pondría a su primera hija hembra.

Pasados dos años de aquel desafortunado suceso, nace mi madre. Mi abuela estaba de parto en el hospital, y mencionó el nombre que pretendía ponerle a la niña frente a los familiares, dijo que quería nombrar a su niña "Taimy". Mi bisabuela materna, abuelo y demás familiares presentes en la sala estaban anonadados con la belleza de mi madre, y le pidieron a mi abuela que por favor le pusieran a la niña Marisol, porque era un sol mi madre. Mi abuela accedió y nuevamente el nombre de Taimy quedó en el aire.

No fue hasta el año 1982, cuando mi madre estaba de parto, que salió nuevamente a relucir el nombre. Mi abuela le pidió a mi mamá que por favor si ella estaba de acuerdo le permitiera nombrarme así. Que con la originalidad y belleza de mi nombre también venía la protección de esa santa, a quien ella le había hecho una promesa hacía 25 años. Mi madre aceptó sin miramientos y heme aquí, portadora de un nombre que no tiene origen griego, latín, maya u otro cualquiera como la mayoría de los nombres tiene, sino que más bien es producto directo de la imaginación y creatividad de mi abuela materna.

Durante mi infancia, mi nombre sonaba mucho en mi casa y donde quiera que estuviese, pues me cuentan que fui una niña hiperactiva, a quien no se cansaban de nombrar por incontables razones. Cuando mi madre y mis abuelos no estaban molestos por alguna de mis travesuras, me llamaban Taimicita, así me demostraban que me estaba portando bien. Ese diminutivo de mi nombre es meramente familiar. Aún mi abuela y mi madre me llaman así y me encanta, me devuelve a mi infancia con todo lo que eso conlleva. Es una sensación inexplicable de bienestar que recorre mi cuerpo. Es un hecho irrefutable que gocé de una muy muy feliz infancia. Cuando cumplí mis 4 años me inscribieron al preescolar, allí comencé a relacionarme con otros 40 niños y una maestra extraordinaria que me guio durante

ese primer año de cambios importantes en la vida de cualquier infante. En ese momento surge el otro nombre por el que hasta hoy se dirigen a mí amigos y conocidos “Tay”, y la verdad me encanta que me llamen así. Es fácil de pronunciar, de aprender y siento que a través de él las personas acceden a mí más fácilmente, pues incluye confianza.

Independientemente de la carga energética que pueda traer consigo mi nombre, y a pesar de que sé que gran parte de la historia familiar recae sobre él, lo llevo con orgullo y lo siento como parte inseparable de mi ser. Sé que antes de que yo llegase al mundo, mi alma accedió a llamarse así por un motivo que quizás aún hoy desconozco. Por lo pronto tengo muy claro, que, gusto a mi abuelita le di y le sigo dando cada día, pues soy Taimy, Taimicita y Tay de pies a cabeza y un poco más. Siento que mi nombre es único y eso me ha hecho y me hace sentir especial, aunque al día de hoy haya alguna que otra persona que lleve mi nombre, muy en el interior sé que mi nombre no tiene origen etimológico y que al igual que aquel niño en el año 1957, salió de lo más profundo de las entrañas de mi abuela Isabel.

“Un encuentro conmigo misma”

En reiteradas ocasiones de mi vida, mientras me veía al espejo, era muy común que no me reconociera. Era algo así como si mi rostro perteneciera a alguien más. Me preguntaba por qué esta nariz es mía, estos ojos, esta boca, estos lunares que cada vez son más. Sin embargo, descubrí que no era que me desagradara la imagen que encontraba frente mí, más bien pensaba que era otra persona o que bien podría ser otra persona. - ¿Qué me asegura que esto que veo es verdaderamente lo que es y no algo que quiere alguien o algo que vea? Cosas así me la pasaba pensando al respecto.

Muchas veces hablaba al espejo, o a mí misma si soy consecuente con lo que estoy tratando de escribir. La conversación siempre terminaba con un guiño de mi ojo izquierdo y por supuesto la imagen frente a mí me lo devolvía y me sentía satisfecha. Era como si mí misma me estuviese coqueteando y yo le correspondiese. Es algo

que siempre hacía y hasta el momento hago cuando me maquillo o me arreglo para salir de casa.

Cuando estaba más chica, y hago énfasis en que me refiero a mi etapa adolescente, cuando mi físico estaba lejos de ser de mi total agrado. Tenía un par de kilitos mal acomodados en mi torso y unos cacheticos sinónimos de esa belleza saludable que mencionaba siempre mi abuela al escucharme decir que mis cachetes eran de gordita. El hecho es que además de eso desarrollé tarde, cerca de los 14 años y pues las chicas de mi escuela (último año de secundaria) ya tenían su cuerpecito formado. Yo, literal, parecía una tabla de surf jajaja. Entonces en esta época, cada vez que me paraba frente al espejo me convencía a misma que sería algo así como la historia del patito feo, entonces me guiñaba el ojo en ademán de complicidad y me largaba a realizar mis actividades, confiando que en algún momento el espejo me sorprendería con las plumas del cisne anhelado.

Pasó mucho tiempo para que me sintiese cómoda con la imagen que me regalaba el espejo de mí misma, pues los cánones de belleza de la sociedad son muy diferentes al tipo de belleza que alguien como yo podría poseer.

Sin embargo, en mis entrevistas con mis espejos aprendí, que la verdadera belleza no es lo que ves en el espejo en realidad, si no va más allá.

El espejo de mi baño un día me contó un secreto, me dijo al oído que si nos fijamos en los ojos de la imagen reflejada y realmente queremos ver la belleza, debemos meternos por esas puertas desconocidas y llegaremos al núcleo de quien somos, y descubriremos, por ende, lo perfectos y hermosos seres que somos todos.

Me dijo que luego de ese viaje al interior yo podría apreciar mi exterior de una manera muy diferente que hasta el momento.

Fue una experiencia rara la primera vez, pero realmente descubrí que quien soy por fuera no es más que un reflejo, un recipiente de mi esencia, esa que en algún momento pude observar dentro mío. Estuve frente a frente con mi alma, y esa es perfecta no cabe duda. No hay socialmente patrones de belleza en este sentido. Entonces entendí que el espejo es también un camino a nuestro interior, es un regalo que alguien nos dio para alcanzarnos a nosotros mismos. Para entender quiénes somos en realidad.

Hoy en día sé que todos somos cisnes a nuestro modo y que no existe tal fealdad en el mundo. En realidad, la belleza tiene muchos matices y los espejos eso lo saben bien.

Un espejo es un portal de reflexión donde si prestamos atención, podríamos apreciar el ascenso de nuestras almas. Son un regalo del universo para el encuentro con nosotros mismos.

Mis apegos

Creo que cada persona atesora algún que otro objeto significativo a lo largo de su vida, más que nada por lo que pudiesen implicar para cada quien.

En mi caso particular, más de un objeto me ha atrapado.

Recuerdo claramente el primer objeto que atrapó mi atención. Era un muñeco de trapo feo y larguirucho, con ropa de cuadros roja, cabeza de goma y pelo verde. Muy poco agraciado la verdad. Ese muñeco me lo regaló una novia de mi papá cuando yo tenía 6 años aproximadamente. Amaba al muñeco, por sus características lo nombré Federico. Federico fue cómplice de los juegos y viajes alrededor del mundo que tenían lugar en mi cabeza. Me la pasaba viajando en mente, recuerdo que me sentaba en la cama y cerraba mis ojos y lograba ver mi cuerpo sentado en la cama y yo volaba junto a Federico y visitaba lugares que antes había visto en un libro de cuentos y leyendas rusas, el libro tenía carátula negra y muchos dibujos pintorescos de paisajes y animales y lugares que me encantaban. Federico me acompañó hasta que tuve 10 años. Ya estaba viejito y mi hermano por hacerme una maldad le arrancó la cabeza y la cogió para jugar a la pelota. Lloré al principio, pero mi mamá me hizo entender que ya estaba muy viejo y que era como si hubiese muerto, que era el ciclo natural de las cosas. Fue mi primer choque con la realidad con respecto a ese tema. Me tranquilicé luego de que castigaran a mi hermano, pues mi picardía le ganó a la tristeza. Es un hecho que mi vida continuó

sin Federico, sin embargo, en momentos como este lo recuerdo como parte de mi infancia y no puedo no pensarlo como mi cómplice de juegos y fantasías.

Por otro lado, podría mencionar otro de los objetos que casi siempre traigo conmigo: mis argollas o arracadas de plata. Creo que desde que tengo uso de razón recuerdo llevar arracadas en mis orejas. Hasta hoy no había pensado en la razón de mi gusto por las mismas, sin embargo, creo que es muy probable que esté directamente relacionado con los gitanos, supongo que la cosa esté por allá.

Los gitanos siempre me han gustado, y entre otras tantas cosas, las argollas son parte de los símbolos que los identifican. Su estilo de vida siempre ha captado mi atención y creo que de alguna manera me he sentido identificada con ellos. Se la pasan de un lado a otro llevando consigo las cosas básicas, y se contentan con poco, bailan, cantan, se mueven, viajan, conocen lugares nuevos y los envuelve un misticismo seductor.

Entonces supongo que el tema de que me encanten las arracadas tenga su origen más o menos por ahí. Si me pongo a analizar mi niñez, podríamos decir que en parte éramos como gitanos, pues con tal de buscar acomodarnos, mi madre, mi hermano y yo nos mudamos más de 9 veces en esa época. Obviamente con esto venía implícito el hecho de nuevos lugares, nuevos amigos, nuevas costumbres y el viaje ligero siempre para hacer cómodas las mudanzas jaja. Entonces, de alguna extraña manera me siento cautivada por los gitanos, sin contar que amo su música y su forma de vestir. Por demás vale mencionar que las argollas lucen hermosas en mis orejas, son aretes muy coquetos y me encantan. Quien quita que en alguna vida pasada haya sido una gitana.

Saltando a otra de los objetos que atesoro, podría traer a relucir a las piedras de río, esas que son pequeñas y lisas y tienen diversas formas y coloraciones. La verdad siento que son parte importante de la naturaleza, pues en mi mente vienen siendo como la base de todo. Son donde nos paramos, como el origen ¿no?, el inicio. Por ejemplo, cuando se construye un edificio pues la base de la construcción está hecha de piedras. Y así pasa con casi todo lo que nos rodea. Cuando volteamos a ver en

cualquier lugar, las piedras siempre están presentes. Creo que las piedras son los que nos permite estar parados y caminando, quizás es una idea un poco loca, pero desde pequeña he tenido esa sensación. Si no hubiera piedras pues no hubiese tierra encima y pues sobre qué se construirían carreteras y lo mejor de todo: ¿Sobre qué caminaríamos? Pienso que las piedras son el núcleo de todo.

Así es que cada vez que ando por ahí y veo una piedrita linda, la agarro y me la quedo. Aunque no ando siempre cargando piedras, son algunas las que llaman mi atención como para que la recoja y la guarde para mí.

Otro de los objetos que traigo siempre en mi cartera es un pedacito de piedra de cobre, muy pequeñito y brillante. Mi madre me lo regaló y me dijo que traerlo conmigo me daría buena suerte y prosperidad. No sé qué tan cierto sea, pero considero que soy una mujer bastante afortunada en todos los sentidos y como no pierdo nada teniendo la piedrita conmigo siempre, pues mejor dejo todo como está jaja. Tengo fe en que sí funciona.

Esta pequeña piedra viene específicamente del templo del Cobre en Santiago de Cuba, es un lugar donde se encuentra ubicada una imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre en una de las provincias más orientales de Cuba. Esta virgen viene siendo en la Iglesia Católica la Virgen María. La iglesia en medio de las montañas de la zona rural. Abajo está lo que se le conoce como el templo de los Milagros, las personas de todas partes del mundo que visitan el lugar dejan sus ofrendas en agradecimiento a los milagros cumplidos por la virgen. Hay desde piedras preciosas hasta medallas olímpicas o como el caso del premio nobel de Literatura otorgado a Hemingway por su obra el Viaje y el Mar, él lo ofreció a la virgen como agradecimiento por haber culminado su libro sobre la isla.

Todo el lugar tiene una energía pacífica y esperanzadora.

Yo recuerdo haber ido muy chiquitica a conocerlo. Estuve caminando horas por el lugar curioseando y tengo una sensación muy linda, aunque no recuerdo del todo el viaje pues fue hace muchísimo tiempo. Ese lugar es parte de las riquezas que tiene mi país.

Bueno regresando a la piedrita, según me cuenta mi madre esa piedrita perteneció a mi bisabuela, la abuela paterna de mi mamá. A ella se la dio mi bisabuelo, su esposo porque ella soñaba con ir a ese lugar, pero es bueno hacer mención de que mi abuela no tenía piernas, las perdió por su diabetes y por ende pues no podía caminar.

A mi bisabuela le hubiera encantado poder haber ido al Cobre y mi bisabuelo le dijo que en cuanto pudieran él la llevaría y por supuesto eso nunca pasó, ellos eran muy pobres, él le hizo una promesa para llevarla por el problema de las piernas, pero no pudo nunca cumplirle, mi bisabuela murió y todo se quedó así. Y pues nada menos de ahí viene mi piedrita brillante.

Lo mejor de todo esto es que esta historia no la conocía yo, hasta que tuve que hacer esta tarea y le pregunté a mi mamá de donde había sacado la piedrecita que me regaló y que hasta hoy atesoro.

Indudablemente la historia familiar es muy rica y desconocida, a medida que tropezamos con las verdades vamos entendiendo el porqué de las circunstancias.

A veces las pequeñas cosas que atesoramos contienen una energía que desconocemos pero que de alguna manera nos atrapa y se convierten en parte de nosotros mismos. Parte del mapa de nuestra existencia.